CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

SEXO CON ALMA Y CUERPO 7 EL DRAMA DEL DIVORCIO

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=fQ7wL6rAIy0

Un saludo a todos. Continuamos con nuestras reflexiones en torno al amor y a la sexualidad. Y en esta séptima sesión vamos a reflexionar sobre al drama del divorcio y la apuesta por el matrimonio.

Bien, recordemos que el matrimonio es para siempre por ley natural. No es la iglesia la que haya añadido esa característica al amor, no. Por ley natural el amor es para siempre. Si bien es cierto que en el caso de los cristianos este requisito de amor para siempre por ley natural se ve reforzado por ese símbolo que es el amor fiel y fecundo de Cristo a su Iglesia, porque Cristo lo ha elevado a una condición sacramental, como dice San Pablo en la carta a los efesios.

Por otra parte, hemos recordado también en programas anteriores, que, aunque exista esa resistencia a reconocer en el amor, de ser una vocación para siempre, aunque exista esa resistencia, recordemos que, en algún programa anterior, quienes contraen matrimonio, aunque digan que ellos no creen en la indisolubilidad del matrimonio, sin embargo, ellos desearían abiertamente cuando se casan que el divorcio no llegase nunca, porque claro, comprenden que el divorcio es un fracaso. Desearon la indisolubilidad, incluso los que han fracasado en e matrimonio, desearon que fuese para siempre. Todos están, por lo tanto, de acuerdo con que el divorcio es un mal, que habría que prevenir.

Pues bien, vamos a prevenirlo. Es importantísimo que busquemos conscientemente y reflexionemos de manera podamos prevenirlo y evitarlo

Aquí en España, yo creo que en todos los países no existe pues una disposición de las administraciones con respecto a los vehículos, en las que después de que ya un vehículo lleve unos años de rodaje, sobre todo si es un poco antiguo, el vehículo tiene una obligación de recibir una revisión para garantizar que el vehículo esté debidamente en su punto. Aquí en España se le llama la ITV. La ITV. Bien digamos que necesitamos una ITV matrimonial, y no solamente una revisión del estado de los vehículos.

Ha habido algunos sacerdotes que han puesto en marcha pues una iniciativa pastoral llamada ITV matrimonial. Es decir, hagamos un ejercicio, un esfuerzo de revisar nuestros matrimonios, de revisar esos principios en los que no jugamos, sino que buscamos que se cumpla la vocación de fidelidad para la que hemos sido llamados.

¿Por qué el divorcio es un mal? Pues porque produce importantes heridas en los contrayentes. Vamos a ser sinceros. Es un fracaso. Supone la desilusión de que ese proyecto que comenzamos pues ha sido imposible. Ya solamente por eso y porque en

segundo lugar con mucha posibilidad uno u otro o los dos en el fondo se sentirán no amados y en ocasiones traicionados. Y hemos sido creados para amar y ser amados. Y obviamente el no sentirlo supone una frustración. Con frecuencia, además esto estará acompañado de discusiones sobre temas económicos, reparto de bienes, los hijos, a veces discusiones muy duras y muy dramáticas. Obviamente es un desideratum. ¿Que es un desideratum?, pues si se va a producir un divorcio que se produzca en las menores condiciones dramáticas posibles, pero es obvio que así acontece.

Por otra parte, otro elemento a subrayar, son los problemas económicos que se suelen generar para ambos. Los problemas económicos. Hay que mantener dos casas abiertas en vez de una. Pensiones compensatorias. El divorcio es una de las causas principales de pobreza en las naciones. Y por cierto, esto es algo que no se dice, que se oculta, pero en muchas en muchos de los estudios, análisis sociológicos de pobreza, etcétera, se está ocultando algo que todos sabemos que es así, que el divorcio es uno de los elementos que generan la pobreza social de una manera más evidente.

Y lo que es más doloroso también produce heridas en los hijos y heridas muy duras en los hijos quienes desean convivir con ambos progenitores, que en su masculinidad y en su feminidad complementan su educación. Esa complementariedad, padre y madre, pues se ve duramente resentida en esa no convivencia de sus padres. Lo que es peor todavía, con frecuencia los niños se sienten culpables de la ruptura de sus padres. Esa es autoinculpación. Igual nos hemos portado mal y por eso se han separado puede decir un niño y por lo mismo no podemos llegar a imaginar cómo puede sentir y vivir esa situación; incluso puede entrar en una crisis de relación con Dios. Yo a Dios le he pedido por papá y mamá y finalmente se van a separar. Esto puede ser también motivo de una profunda crisis, espiritual y de fe en el corazón de nuestros hijos.

También añadamos a esto el miedo al abandono que experimenta un niño en el divorcio de sus padres. Bueno, será importante el hecho dejarle claro de que nos separamos nosotros, pero nunca te vamos a abandonar. Pero claro, el niño tiene miedo al abandono. Ha sufrido mucho viendo como la relación de sus padres se deterioraba. Habrá escuchado muchas más cosas de las que nosotros suponemos en esa crisis. Es imposible que una crisis matrimonial se viva de manera que los hijos no sean testigos de ella. Es imposible por mucho que uno tenga cuidado en ello. Y con frecuencia los niños son utilizados por los progenitores usándolos como un instrumento frente al otro, achacándose cosas. Y los niños han ido también comprendiendo que la mala relación entre sus padres a veces pues es un caldo de cultivo en el que pueden en cada momento utilizar al padre o a la madre dependiendo de lo que les interese conseguir, porque saben que no tienen un criterio unificado. Y aunque por mucho que sus padres en el momento de su separación les prometan que van a estar plenamente entregados hacia ellos, pues ellos inevitablemente tienen el miedo de que sus padres no son del todo fiables porque se prometieron amarse para siempre y ahora tienen que asumir que ellos se separan y por lo tanto esa promesa de que van a ser amados, de otra manera con unos padres separados obviamente les tiene que causar usar un miedo, un miedo interior muy fuerte.

Por lo tanto, digámoslo claramente, yo soy consciente de que lo estoy diciendo en medio de una sociedad en la que no habla de esto, pero creo que el elemento que más heridas está generando en los corazones de los niños en este momento es la inestabilidad matrimonial. El divorcio es un gran daño a toda la sociedad, puesto que,

como decía San Juan Pablo II, la familia es la célula básica de la sociedad y entonces también el divorcio hace daño incluso al conjunto de la sociedad, porque una familia rota contribuye a una sociedad rota. Y lo mismo, una familia estable contribuye a una sociedad estable. Es una reflexión necesaria, que sé que estoy poniendo el dedo en la llaga en determinadas cosas que no nos gusta mucho hablar de ellas, pero son obvias y tenemos que señalarlas.

Por lo tanto, demos más pasos en cómo prevenirlo. Ya hemos hablado en programas anteriores de distintas formas de cómo prevenir esa ruptura o esa inestabilidad matrimonial, pero vamos a dar más pasos porque los consejos principales ciertamente son los de la comunicación entre los cónyuges, la importancia de pedir ayuda cuando la necesitamos y la importancia de apoyarnos en Dios y pedir el don de la gracia. Esos son los consejos principales, diálogo profundo en el matrimonio, pedir ayuda a una institución, a una persona de confianza cuando la necesitemos y apoyarnos en la gracia de Dios, y rezar juntos. Esos son los consejos principales, pero también creo que existen, sin duda alguna, otro tipo de consejos sobre los cuales también quiero desarrollar.

Primero, romper con la tendencia a criticar continuamente. Esto es importante. Tener una tendencia crítica hacia el prójimo, hacia el esposo, hacia la esposa, está minando las bases de ese matrimonio. Estar continuamente expresando quejas en vez de tener pensamientos positivos y motivadores. Eso es algo que determina las cosas, las termina determinando. Por ejemplo, yo haría la siguiente pregunta. ¿Yo a qué soy más proclive? a subrayarle a mi cónyuge las cosas que ha hecho mal o a darle las gracias y agradecerle por las cosas que han que se seguro se han hecho de manera gozosa y exitosa. ¿Yo soy de los que dedico más palabras y más espacio a criticar lo malo o a reconocer lo bueno? Eso va a determinar mucho las cosas. Quien tiende a ver lo negativo, tiende a generarlo. Repito, tiende a generarlo porque es lo que esperas y en el fondo tendemos a generarlo si nuestra tendencia crítica, incluso aunque lo que estemos diciendo pueda ser verdadero, pero estamos apuntando en una dirección.

Aparte de que la tendencia hipercrítica suele ser muchas veces reflejo de una persona que tiene un falso ideal perfeccionista, sí, un falso ideal perfeccionista y que no tiene una tolerancia con las heridas y con la realidad de la vida de quien siempre tiene que asumir la debilidad. No, no es lo mismo. No es lo mismo el perfeccionismo que la santidad. No es lo mismo ser santo, no es ser perfecto. Ser santo es vivir en la plenitud nuestra de vida, en la plenitud de amor, sobrellevando nuestros límites y nuestras faltas de capacidad. Porque es verdad que hay un libro por ahí que se titula Los defectos de los santos, subrayando que los santos también han tenido defectos de los cuales ellos no son responsables moralmente, porque hay defectos que pueden estar originados pues por motivos de límites culturales, de también, digamos, heridas psicológicas, etcétera, los defectos de los santos. Es decir, la santidad no es lo mismo que el perfeccionismo. El perfeccionismo supone que no existan defectos. La santidad es llevar adelante la plenitud del amor en medio de nuestros defectos. Esta distinción nos haría mucho bien, mucho bien. Bien sea el bien que yo tengo que buscar, con el que tengo que ayudar a que mi esposo sea no perfecto, sino Santo; sí santo pero perfecto no. Esta distinción nos puede ayudar.

Es verdad que hay un texto en el evangelio de San Juan en el que se utiliza el término perfecto como sinónimo de santidad. Sed perfectos como vuestro Padre celestial es

perfecto. Pero bien, es un texto en el que se utiliza perfección como sinónimo de santidad, pero creo que es legítima esta distinción que estoy yo haciendo porque la Iglesia cuando hablado de santidad no lo ha hecho, no lo ha hecho habitualmente equiparándola a lo que nosotros entendemos como perfeccionismo. La búsqueda de santidad no coincide con ese perfeccionismo, con ese no tolerar los defectos del prójimo. Acordémonos, que entre las obras de misericordia no solo está la de corregir al que hierra, sino dice también sufrir con paciencia los defectos del prójimo. Ojo, eso es una es una obra de misericordia. Sufrir con paciencia los efectos del prójimo, querer a las personas como son, como Dios nos quiere, no como me gustaría que fuesen, sino partir de la aceptación de la realidad.

También creo que nos ayudaría mucho el que cultivásemos la intuición y la sensibilidad necesaria para percatarnos de que Dios ha puesto junto a nosotros en el matrimonio a la persona que yo necesito para mi santificación. Si cayéramos en cuenta de esto, porque Dios quiere que yo para mi santificación me pueda servir de las virtudes de mi cónyuge, ojo, y también de sus defectos. Dios también se sirve de los defectos de nuestro cónyuge para nuestra santificación. En este orden de cosas, creo que otro paso más que hay que dar es que mi mayor aportación para el matrimonio es vivir en estado permanente de conversión. Un cristiano es el que vive en estado permanente de conversión. Un esposo, una esposa cristiana vive en estado permanente de conversión. ¿Por qué? Porque ser egoísta y estar casado es una bomba incompatible. Si me permitís el ejemplo, es como ser cura y ser ateo. A ver, ser cura y ser ateo es una combinación bastante complicada. Bueno, pues ser casado y ser egoísta es una combinación insufrible, insufrible. Por eso el matrimonio solamente no puede vivirse en un estado permanente de conversión. El matrimonio no es pensar en clave de tú, sino en clave de nosotros. Y para eso tiene que haber un giro copernicano desde nuestro egoísmo de tener a mi 'yo' como el centro de mi vida para pasar a tener en 'el nosotros' como el centro de nuestra vida.

Otro ejemplo que quizás nos pueda ayudar en la relación con el otro, con el cónyuge, no tenemos que ser un termómetro, sino un termostato. Lo voy a explicar en este ejemplo que pongo; sabemos lo que es un termómetro. El termómetro mide la temperatura del otro. Es decir, de alguna manera lo está juzgando. El que es un termómetro para su cónyuge es alguien aquel que juzga a su cónyuge. Pero tenemos que ser un termostato. El termostato es un aparato, un dispositivo que conectado a una fuente de calor sirve para regular la temperatura de manera automática, impidiendo que suba o baje. Bueno, pues eso tenemos que ser, tenemos que ser un termostato. No ser termómetro. Siendo el termostato lo que hace es compensarle al otro, alguien que compense, que sea factor de equilibrio, de cambio en el seno de la familia. Tan distinto ser un termómetro, o un termostato. Y esto, por cierto, se aplica a todos. No estoy hablando del matrimonio, pero claro, hasta qué punto esto no también se es en la vida de los sacerdotes estamos llamados no ser un termómetro del otro, sino un termostato. ¿Habéis visto, por ejemplo, lo que es una parroquia en la que hay varios sacerdotes y en la que esos sacerdotes tienen una mala relación entre ellos? Qué antitestimonio, qué poco fecundo es su ministerio. Un sacerdote se juzga, y le juzga al otro. El otro le juzga. Quiere decir que esto que sucede es como que cada uno es un termómetro delante del otro que siempre se juzgan. Ahora, cuando ellos son conscientes en una parroquia que hay dos o tres sacerdotes que entre ellos son distintos y que, en vez de juzgarse, en vez de ser termómetro uno para otro, son un termostato, entonces se están complementando, se están compensando y entre todos ellos son capaces de servir al pueblo de Dios. Por lo

tanto, este principio no lo digo únicamente del matrimonio, aunque en este caso estamos hablando del matrimonio, sino que es aplicable a tantos otros principios.

Sin duda es importante en el seno del matrimonio cuidar nuestro corazón. Cuidar nuestro corazón, significa cuidar la importancia de guardar el corazón, porque sabemos que la vida social que tenemos hoy en día en muchos tipos de relaciones y nuestro corazón se puede ir fácilmente. Podemos ser objeto de tentaciones, de relaciones afectivas fácilmente. Y creo que hay que ser valiente en esto. El evangelio es muy pedagógico cuando dice aquella famosa expresión, "Y si tu mano te hace caer, córtatela, que más te vale ir manco al reino de los cielos que con dos manos a la perdición. Y si tu ojo te hace caer, sácatelo. Que más te vale ir tuerto. Como os podéis imaginar, el evangelio no está dando un consejo de amputaciones, no; no da ningún consejo de amputaciones, sino que nos está hablando de la radicalidad evangélica en el seguimiento a Jesucristo. Bueno, pues hay que tener radicalidad evangélica en lo que al cuidado del corazón se refiere. Puede haber perfectamente situaciones en las que uno tenga que cortar por lo sano. Cortar por lo sano, sabiendo que puedes incluso hasta requerir quién sabe, sino la prudencia de un cambio de trabajo u otro tipo de decisiones radicales. Es tan importante lo que está en juego. No voy a ser yo capaz de cambiar un trabajo o cambiar por ejemplo, mi presencia en un club o lo que fuere, cuando está en juego el cuidado de mi corazón, la radicalidad evangélica es muy luminosa.

Otro consejo más, para cuidar la fidelidad de nuestro matrimonio, su estabilidad, es poner el acento más en el compromiso que en nuestros sentimientos. Porque a veces confundimos amar con sentir y los sentimientos, si no digamos nada, las emociones son volubles y no pueden ser tomados como elemento principal para discernir la salud de un matrimonio. El sentimiento es educable, debe de ser educado, No debe de ser absolutizado en forma romántica. Chesterton, que por cierto tuvo un matrimonio maravilloso, estaba profundamente enamorado de su esposa y su esposa, pues siendo él como era desordenado, etcétera, pues su esposa fue clave para que él tuviese ese éxito literario. Decía él eso, que era un profundo enamorado, que no es que sea el amor el que tutele el matrimonio, sino que también es el matrimonio el que tutela el amor. Es curiosa esta expresión, muy poco romántica, por cierta. No solo es el amor el que tutela el matrimonio, sino el matrimonio el que tutela el amor. Porque el amor es un compromiso, no es un mero sentimiento. Lo digo con fuerza, el amor es un compromiso, una determinada determinación de dar mi vida, de entregarla, no es un mero sentimiento.

Luego aquí hay algo clave que es que tenemos que purificar la cultura romántica, esa cultura romántica que pues desde el siglo XVII nos ha hecho mucho daño. Y hay dos imágenes que pueden tener aparentemente, cierta similitud, pero que no tiene nada que ver. ¿Sabéis a qué me refiero? ¿Cuál es la imagen? El estereotipo del romanticismo, lo tenemos claro. ¿el corazoncito con la flecha?; y ¿El corazón traspasado por la lanza del soldado? Bueno, parece que hay similitudes. Pero aquí sí que se puede decir que cualquier parecido es pura coincidencia, ¿qué? Cualquier parecido es pura coincidencia, porque lo cierto es que esa flechita de la imagen del concepto romántico es quizás una referencia a que el amor es un sentimiento no controlable que viene con una flechita que ha venido yo no soy capaz de bueno, pues de controlarlo. Sin embargo, esa lanza con corazón traspasado hace referencia a un compromiso de amor ineludible. Digámoslo claro, mientras que el romanticismo dice que el amor no necesita compromisos, que el amor es una emoción que no se puede, trasladar a un compromiso

de un pacto expresado en unos papeles. Acordaros de aquella canción, yo no necesito unos papeles grises para amar. Una canción muy de mayo del 68. Yo no necesito unos papeles grises para amar. El amor está fuera de cualquier tipo de formulación de compromiso social. Pues es pues totalmente falso. El amor se ata a sí mismo, el amor se sujeta. Todo lo contrario de esa imagen romántica, de que el amor no se ata a ningún compromiso. El que tiene miedo a comprometerse es que en realidad no ama. El que tiene miedo atarse es que no ama porque el amor tiende a comprometerse.

Un consejo más que creo que es importante, partir de la aceptación, no esperar a que el otro cambie. Ya sabemos que en el matrimonio debemos de orar por la conversión del cónyuge, además de la conversión de uno mismo. Pero la única parte del matrimonio que Dios te ha dado la capacidad de cambiar es la que ves cuando te miras al espejo por las mañanas. Esa, parte del matrimonio sí que puedes cambiarla. Por ello, además desear y pedir la conversión, tenemos siempre que priorizar la nuestra. Pues es el principio de sabiduría el que nos dice, "Acéptate, ofrécete, ten autocrítica y ponte en la presencia de Dios".

Pero por encima de todo quiero terminar subrayando, de que yo he dicho en este momento de la charla, que los consejos principales que suelen darse a los matrimonios es el de la comunicación entre ellos, el de buscar un consejero cuando existe una crisis y el de la oración, pero de la oración profunda entre ellos.

Quiero subrayar esto especialmente, en este momento y terminar de esta forma. La familia que es capaz de rezar unida, y sin duda alguna está poniendo unas bases fuertes, unas bases firmes, está creyendo en que Dios está en medio de nosotros. Fijaos lo que es consagrar nuestra familia al Sagrado Corazón de Jesús, pedir que Él reine entre nosotros, pedir Su Gracia, pedir también algo. Os voy a compartir que yo tengo el recuerdo de que, en nuestra infancia, cuando rezábamos el rosario en familia, nuestro padre solía añadir siempre un padre nuestro para que toda la familia nos juntemos en el cielo. Y rezaba un Padre Nuestro. Padre nuestro que estás en los cielos y claro, verle a tu padre, rezar un padre nuestro para que todos nos juntemos en el cielo, es un proyecto de amor que es para siempre. ¿Me explico? Hasta que la muerte nos pare aquí. No, esto no se termina aquí. Es que esto llega a la siguiente vida, es que somos un proyecto indivisible, un proyecto que traspase incluso, nuestro tránsito en esta vida y que se adentra en la Vida Eterna. Os invito, por lo tanto, a que la oración sea columna y sea sustento de nuestras familias y especialmente de nuestra unión matrimonial.